DETALLE DE LA IMAGEN

DEL SANTO CRISTO DE LIMPIAS

# EL SANTO CRISTO DE LIMPIAS

# OBRAS DEL MISMO AUTOR

ORO DE LEY, (novela), **4 Ptas.**

PACO GÓNGORA, (novela), segunda edición, 2 tomos, **4 ptas.**

JUEGOS FLORALES, (novela), 2 tomos, **4 ptas.**

LA MILLONA, (novela), segunda edición, 2 tomos, **4 ptas.**

TEMPLE DE ACERO, (novela), **4 ptas.**

JUSTA Y RUFINA, (novela), segunda edición, **3 pesetas.**

EL BUEN PAÑO... (novela), segunda edición, **3 ptas.**

COLORÍN COLORADO, (cuentos), **3 ptas.**

DE GUANTE BLANCO, (cuentos), **3 ptas.**

EN EL CIELO DE LA TIERRA, **3 ptas.**

EL NIÑO DE NAZARET, (segunda edición del Romancero primero, ilustrado por D. Nicolás Alpériz), **2 ptas.**

MEDIA PAVA (monólogo), segunda edición, **1 pta.**

EXPOSICIÓN DE MUÑECAS, (novelilla de trapo), **1 pta.**

AMOR POSTAL, (novela comprimida), **1 pta.**

LA BLANCA PALOMA, **1 pta.**

LUCHA DE HUMOS, **1 pta.**

R-75.189

Juan F. Muñoz y Pabón, Pbro.

# EL SANTO CRISTO DE LIMPIAS

SEVILLA
IMP. Y LIB. DE SOBRINO DE IZQUIERDO
FRANCOS, 43 — 47

Es propiedad del autor. Queda hecho el depósito de ejemplares que la ley previene.

A la querida memoria de mi hermana Matilde:

Con la piedad y el amor con que colocaría una nueva cruz sobre tu sepultura, pongo sobre tu recuerdo estos renglones acerca del Santo Cristo de Limpias.

Ojalá cuantos los lean recen un "requiescat in pace", por tu alma.

¡El te haya iluminado con la luz de su divino rostro, que hace la bienaventuranza de los justos! Amén.

Tu hermano del alma,

Juan.

Sevilla, 23 de Septiembre de 1919.

Nihil obstat.

*Dr. Juan Flaviano Sánchez.*

Imprimatur:

† Enrique, Card. Arzobispo de Sevilla.

## PRIMER PRENOTANDO

Tan antiguo como el Evangelio mismo—todo está en el Evangelio—es el deseo de unos señores desocupados, de presenciar un milagro, hecho para su solaz. De aquí su desaprensiva proposición a Jesús, según San Mateo:—*Magister: vólumus a te signum videre*: quisiéramos de tí ver un milagro.

—Esta generación mala y adúltera—hubo de responder el Divino Maestro—quiere milagros. Y milagro no se le dará, sino el milagro de Jonás profeta. Como

estuvo Jonás en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así estará el Hijo del hombre en el corazón de la tierra, tres días y tres noches. —

Es el hombre de ayer y el hombre de siempre: anheloso de maravillas que le encanten y de prodigios y novedades que le diviertan, acercándose a Jesús como a un mago prodigioso, en demanda de espectáculo.—Quisiéramos, Maestro, ver un milagro... ¿Qué trabajo te cuesta?

Para aquéllos, lo mismo que para éstos, el divino Taumaturgo tiene un milagro definitivo, más contundente que cuantos lleva hechos a su paso por la historia: el milagro de su Resurrección de entre los muertos, cuando sea llegado el tercer día de su auto-vaticinio.—A los tres días resucitaré.—Y llega ese tercer día y resucita, saliendo del sepulcro vivo y glorioso, sin ni violar los sellos, que puso

sobre la losa el Sanhedrín, para su propio baldón y eterno vilipendio.

—Resucitó. No está aquí—dijo el Angel al señalar a las mujeres el sepulcro vacío.—Resucitó como había dicho.—

Taumaturgo y profeta a un tiempo mismo, su Resurrección, que es su mayor milagro, es el feliz cumplimiento de su más trascendental profecía. Por eso era tan temida su Resurrección: porque en ella iba todo: desde la verdad de su muerte,—sin muerte no hay resurrección—hasta la verdad de la resurrección que a todos nos espera... con todas sus consecuencias de ultratumba.

—¡Jesucristo resucitado de entre los muertos es las primicias de los que duermen! Si por un hombre, la muerte, así por otro Hombre, la resurrección de los muertos.—

¡La Resurrección!: he aquí el milagro

supremo de Jesús. El milagro en que descansa toda la racionabilidad de nuestra fe: —Si Cristo no ha resucitado nuestra fe es vana.—El milagro, en la aceptación del cual va el germen de la bienaventuranza de todos los creyentes, pues, como El mismo dijo a Santo Tomás Apóstol:—bienaventurados los que no vieron y creyeron.—

Renuente el apóstol, aun ante la reiterada testificación de sus condiscípulos—*vídimus Dóminum*—,se aferraba en no creer, sino previa la prueba empírica de sus sentidos.—Como no vea en sus manos las heridas de los clavos y meta la mano en su costado, no creeré.—

A los ocho días de esto, estando todos reunidos, viene Jesús en medio de ellos y dice a Tomás:—Mete tu dedo aquí, y mira mis manos... Trae tu mano, y métela en mi costado: y no quieras ser incrédulo, sino creyente.—

Tomás, o hizo la prueba, o no la hizo, —el sagrado Evangelio no lo consigna—: pero abrumado por la evidencia, cayendo descoyuntado ante el Maestro, prorrumpió en este grito que aún anda resonando por el mundo: en este credo-síntesis; en este himno de fe y de amor:—¡Señor mío y Dios mío!

—Porque me has visto, Tomás, has creído. Bienaventurados los que no vieron y creyeron.—

¡Es la bienaventuranza de los siglos que caen del lado acá de la cruz!...

Jesucristo no necesita otra prueba de su Divinidad, que su Resurrección. Su Resurrección lo ha dejado acreditado para siempre.

## PRENOTANDO SEGUNDO

Sin embargo: como, a pesar de todo esto, prosiguió haciendo milagros, cada vez que éstos entraron en sus divinos planes, la inapelabilidad del testimonio de su Resurrección no obsta a la conveniencia de que el milagro surja a su paso, cada y cuando lo haya menester el desenvolvimiento de su obra: ora sean los ejecutados por El, con posterioridad al diálogo que encabeza estas líneas—entre ellos el de la resurrección de Lázaro, con que sella su sentencia de muerte—ora sean los de sus

discípulos, en el libro de los «Hechos de los Apóstoles»... ya sea el milagro viviente de la propagación y conservación de su Iglesia, ya los llevados a cabo por los santos de todas las edades y latitudes.

El milagro es tan de Cristo y de su obra, que fuera el mayor de los milagros, en expresión de San Agustín, el que nuestra sacrosanta Religión se hubiese propagado sin milagro.

—O con milagros, o sin ellos—tal era su dilema:—Si con milagros, divina es la religión de que Dios da testimonio. Si sin milagros, divina es asimismo, por ser el mayor de todo los milagros el que una religión, que contraría todos los instintos del hombre, háyase propagado sin milagros.—

El que no admita, pues, el milagro, ha padecido naufragio en la fe. ¡Está fuera del credo!

## EL HECHO

Y hay un pueblo en la provincia de Santander, por nombre Limpias, donde se venera desde hace siglos un santo Crucifijo, en el que, según parece, a juzgar por el testimonio jurado de sinnúmero de personas de todas clases, se está verificando frecuentemente una serie de fenómenos a todas luces inexplicables, si del milagro se prescinde: fenómenos como abrir y cerrar los ojos... dirigir la mirada aquí o allí, ora dulce y acariciadora como un beso, ora amenazadora y terrible como

un anatema... ya sudar, como en el Huerto de las Olivas, ya arrojar sangre por la boca, como en ningún pasaje del Evangelio, ya, en fin, acentuarse en su doliente faz los caracteres de la agonía, cual si real y efectivamente fuese a exhalar el último suspiro...

Hay quien, al verlo, cae desmayado, y quien pide a voz en grito confesión; como hay quien se desoja mirando, y remirando, y tornando a mirar, sin ver más que la Imagen, quieta, inmóvil, extática, con su gesto habitual de agonía, y sus moribundos ojos clavados en la altura.

—¡Quisiéramos de tí ver el milagro!—

...Y se van como vinieron, sin que el Cristo haya accedido a su demanda... El Cristo ha proseguido en su inmutabilidad estatuaria, sereno, inalterable...

## ¿¿¿ . . . . . ???

Facilmente adivinará el lector la significación de estos interrogantes. Sencillamente no dicen, ni quieren decir otra cosa, sino que no puedo, ni debo, adelantar mi juicio al de la Santa Madre Iglesia, *única* que tiene autoridad de lo alto, para enseñar, definir y proponer cuanto dice relación al orden sobrenatural. Ella, con la inspiración que recibe del cielo y la infalibilidad que le asiste, sabrá y querrá, *cuando lo crea conveniente*, examinar los hechos prodigiosos, al Santo Cristo de

Limpias atribuídos, así como los múltiples testimonios de caballeros honorables y niños inocentes; de señoras piadosísimas y de sacerdotes y religiosos de edificantes costumbres, *que juran haber visto*, siquiera sea incontable el número de peregrinos, que van y *no ven nada.*

Por lo que a mí respecta, ni he ido a Limpias, porque, la verdad: me aterra lo de «*vólumus a te signum videre*», ni he conversado con ningún testigo presencial del hecho milagroso... Me basta con la posibilidad dogmática del milagro, y con la alta ¡la infinita! Sabiduría del que sabe lo que hace, y el por qué y el para qué ha de hacer cuanto haga.

No falta quien echa allí de menos otra clase de prodigios, más visibles y palpables, como la agilidad de un paralítico... la vista de un ciego... ¡algo cuya tangibilidad no admita réplica!...

¿Quién es el hombre, para trazar a Dios el camino que ha de seguir, ni para *señalarle* la obra que ha de ejecutar, para tener derecho a ser creído?

¡Ah! que quien tal intentara, habría de parecerse a los que le dijeron en el Calvario:—Si eres hijo de Dios, desciende de la Cruz.—

Ya esto es más que ver un milagro. Es exigir de Dios la prueba que ha de dar.

Ni es esto sólo. Con ser tan contundente el argumento del milagro—hay quien lo define «silogismo en acción»—no por eso convence al que no quiere dejarse convencer. El milagro con el ciego de nacimiento exasperó a la Sinagoga y no la convirtió, y el de la resurrección de Lázaro dió lugar a este diálogo:

—¿Qué hacemos, en vista de que este hombre hace muchos milagros? Si lo de-

jamos así, todos creerán en él: y vendrán los romanos y tomarán nuestro lugar y nuestra gente.—

A lo que Caifás pontífice de aquel año hubo de proponer:

—Conviene que un hombre muera en vez del pueblo, y así no perecerá toda la gente.—

¡Luego el milagro, aun visto y reconocido, si basta a convencer al entendimiento, no anula la libertad!

¡Ya pueden llover milagros sobre los que se aferran en no creer!

He aquí, si no, una confesión explicitísima del hecho del milagro:— *multa signa facit*: hace muchos milagros:—y otra confesión palmaria de la fuerza demostrativa que el milagro tiene:—Si lo dejamos así, todos creerán en él.—

¡Ah! Pues, si hace milagros, puesto que lo confesáis, y el milagro convence y

arrastra, pues así lo reconocéis: ¿por qué todo lo que se os ocurre hacer con el Taumaturgo es sentenciarlo a muerte?

De ser lógicos, debiérais haber negado que sus milagros eran verdaderos, o que, aun siendo verdaderos milagros, no probaban nada. Confesar que hace milagros, y que a ese paso toda la gente acabará por creer en El, y permanecer vosotros hostiles, y hasta la muerte, y aun más allá que hasta la muerte misma: hasta el sepulcro, y aun más allá del sepulcro, al que, según vosotros, hace milagros, es darle la razón cuando os decía:

—Si fuéseis ciegos, no tendríais pecado. Pero, porque decís que veis, vuestro pecado permanece: *peccatum vestrum manet.*

—¿Porqué no va Vd. a Limpias?—me han dicho muchos:—Ya ve Vd.: han ido religiosos, sacerdotes, obispos, médicos,

escritores... Con sólo que describiese Vd. lo que allí viera y narrase lo que presenciara, podría Vd. hacer un opúsculo muy interesante.

—Pues lisa y llanamente—he contestado—por que yo no necesito ir para creer, ni en el poder taumatúrgico de Jesucristo, ni en su infinita bondad, que son los puntos de apoyo del eje del milagro. Tal es mi fe cristiana, gracias a Dios, que ni el mismo prodigio, que se me entrara por los ojos, habría de aumentármela ni un ápice. Creo, y me basta. Y el último y más ruin de todos los pecadores, con la gracia de Dios, creo que por mi fe llegaría hasta tolerar el martirio.

Si me fuera lícito compararme con los santos, yo me compararía en este punto con San Luis, rey de Francia, cuando, durante el Santo Sacrificio se apareció Jesús en la Sagrada Hostia.

Avisado del portento por los cortesanos e instado a que fuese a verlo, el santo Rey, sin embargo, ni se movió.

—Que vaya a verlo—dijo—con sus ojos de carne el que no crea. Yo lo veo con los ojos de mi alma, desde que la fe me asegura que está allí.—

Yo, la verdad: me hallo muy a gusto dentro de la bienaventuranza de los que no veen y creen. Yo no quiero el reproche:—Porque has visto has creído.—

Por eso no he ido a Limpias.

## LA OBRA DE ARTE

Descrita hasta la saciedad la sagrada Imagen en sinnúmero de artículos periodísticos, y reproducida en postales y en estampas hasta la infinitud, sin ser una maravilla de conjunto, la cabeza, sin embargo, es un acierto escultórico. Realmente *vive*, siquiera esté apurando los últimos instantes que le quedan de vida. Los ojos, en los que se nota, pero muy marcadamente, ese estrabismo peculiar de la agonía, pero de la agonía entre horribles tormentos como fueron los de la

cruz, se dirigen a lo alto, como para entenderse con el Padre, en cuyo honor y para cuya gloria muere. La nariz correctísima de línea, la tiene afilada y con las aletas abiertas como pone la asfixia, y la boca, no entreabierta, sino abierta talmente, parece que esta exhalando aquel grito estentóreo con que llamó a la muerte, antes de doblar la cabeza sobre el pecho para dar el espíritu.

No es el «*Deus meus, Deus meus, ut quid deriliquisti me?*» Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Es el «*in manus tuas, commendo spíritum meum*» en tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu...

Diríase que era la última oración en la tierra, del Dios-Hombre agonizante: o la última agonía del que, haciendo de su vida una perpetua oración, vive en el cielo, *ad interpellandum pro nobis:* para se-

guir pidiendo por nosotros en oración inacabable. Realmente ora y realmente agoniza. Aquello es una agonía en oración, o una oración llevada hasta la agonía... como en el Huerto... como en la Cruz...

Un momento no más, y habrá quedado consumado el sacrificio vespertino...

La cabeza del Cristo de Limpias es un acierto. Con razón es llamado e invocado el Santísimo Cristo «de la Agonía».

## MERCANTILISMO

Quéjanse muchos de que a cuenta del prodigio, la ambición y el desmedido afán de lucro y de negocio están haciendo de las suyas a la sombra del Cristo... Ya en el templo de Jerusalén había sus mercaderes y cambistas, siquiera Jesucristo los arrojase a cintarazo limpio.—¿La casa de mi Padre, hecha cueva de ladrones?—¡Impurezas de la vida, que hacen llegar a todas partes las salpicaduras de su fango!

Pero, así como la santidad de Jehová

quedaba a salvo de las profanaciones de su casa, por parte de sacrílegos mercachifles, así también debe quedar incontaminada y sin mancilla en Limpias la santidad del prodigio que allí opera: el prodigio de la regeneración de muchos corrompidos; el de la conversión de no pocos incrédulos; el del enfervorizamiento de los mismos fervorosos, que no salen de allí, sin *haber sentido algo...*

¡Con sólo esta influencia de Jesucristo en la conciencia humana, lo que está acaeciendo en Limpias tiene una muy alta finalidad!... Limpias encaja perfectamente en el Corazón de Cristo. De Cristo, «que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva;» de Cristo, que «vino a salvar cuanto había perecido;» de Cristo que, por las almas, *non dubitavit mánibus tradi nocentium et crucis subire tormentum:* no dudó ni un instante entregar-

se en poder de sus verdugos y devorar en toda su amargura y en todo su desamparo el horrendo suplicio de la cruz.

¿Quién sabe lo que es capaz Jesucristo de hacer por un alma?...

Así pues, adoremos... ¡y esperemos! Si en efecto es de Dios, ello prevalecerá, como ha prevalecido Lourdes... ¡Dios sabe más que nosotros y hace todas las cosas con suavidad!

¡Es tan seguro echarse en brazos de la Iglesia! ¡Tiene tántas garantías de no equivocarse nunca el que no cree más que lo que ella cree, que un ángel podía venir del cielo a decirme lo contrario de lo que ella me enseña, y lo mismo que el Apóstol de las gentes, lo anatematizaría!

¡Dejemos dormir al niño en el regazo de su madre!... Ella lo despertará cuando llegue la hora. No seamos impacientes.

## GEMELOS DE TEATRO

No deja de tener gracia a esportones la... inocencia, llamémosla así, de los que van a Limpias, a querer ver lo sobrenatural y divino del milagro,—el milagro es siempre divino y sobrenatural—armados de gemelos, como el que va a los toros o al teatro... ¡Como si hubiera lente, de la potencia visual que la fe, ni el milagro, premio a esa fé, cayera bajo la acción de los aparatos de óptical...

¿Pretender ayudarse con instrumentos ópticos, para lo que se percibe solamente

con los ojos del alma, siquiera crea el vidente que lo está viendo con los ojos de la carne?... Comprendo que si fuera la escultura—la madera—la que adquiriera movimiento y vida, se cebasen los ojos en mirar y escudriñar. Pero si no es la madera, ni la escultura, sino la... virtud de Cristo la que flamea e irradia, ¡ante ella no vale otra lente que la fé, *argumentum, non apparentium*: aceptación de lo que no cae bajo los ojos!

Porque quizás no sea la materialidad de la sagrada Imagen la que contrae los músculos, mueve los ojos, suda, agoniza... Desde que son «solamente» unos cuantos favorecidos los que *afirman ver*, lo que en el Cristo de Limpias se vé y se percibe bien pudiera no ser *objetivamente*. Sino especies sensibles sobrenaturalmente infundidas por Dios, en quien le place causarlas, representando por medio

de ellas la Sagrada Imagen en esos varios aspectos... sin que esto quiera decir tampoco que neguemos de una plumada todo el valor objetivo que pudieran tener dichos fenómenos. De muy diversas maneras esto es: objetiva y subjetivamente, puede Dios producir un mismo efecto.

¿Cómo tiene lugar el prodigio de Limpias?... Adoremos y esperemos... y dejemos los gemelos para el teatro.

¿Pues dónde me deja usted la... (no sé cómo llamarla) de los fotógrafos, pretendiendo sensibilizar en el cliché cosa tan fuera del orden natural como el milagro, que há menester para serlo el ser «fuera del orden comunmente guardado en las cosas»?

¡Hay que ver lo que supone querer «sorprender á Cristo en un descuido!»...

¡Sin comentario!

## «NO HAY DERECHO»

¡No hay derecho a ir a Limpias a sólo *querer ver*, como Herodes—a quien Jesucristo por cierto ni siquiera contesta,—ni a divertirse y pasar el rato, como la abigarrada muchedumbre de las laderas del Gólgota en la memorable tarde del Parasceve!... ¡Jesucristo, y Jesucristo crucrucificado, es algo más que un espectáculo!

De ir a ver a ese Cristo, que dicen que mira a la sociedad del siglo XX y hasta que llora sobre ella, como lloró sobre

Jerusalén, porque, dura de cerviz e incircuncisa de corazón, rehuía el abrigo de sus alas... ¡de sus alas siempre abiertas para cobijar debajo de ellas a sus hijos, como cobija la gallina a sus polluelos!... de ir a ver a ese Cristo tres veces adorable, hay que ir, no diciendo como los fariseos de nuestra cita: —Maestro: quisiéramos de tí ver un milagro—:sino—¡yo creo!, ¡yo espero!, ¡yo amo!... ¡Yo no necesito más argumento que tu palabra, porque tienes palabras de vida eterna!

¡A Limpias, pues, cuantos quieran y puedan: pero ¡por Dios! sin prismáticos! No por curiosidad de turistas, ni frivolidad y pasatiempo de veraneantes; sino a llorar al pié de aquella cruz, como María Magdalena. A convertirse, como Dimas, los que hayan menester conversión, o a enardecerse más en el amor divino los que amen de antemano, como Juan... A

incorporarse con el divino Paciente, como la Madre Virgen, y volver—háyase visto el milagro, o no se haya visto—golpeándose el pecho como el Centurión romano, y diciendo con la lengua y *las costumbres:*—¡En verdad que este hombre era el Hijo de Dios!—

EL SANTO CRISTO DE LIMPIAS

# A JESÚS CRUCIFICADO

¡Horrenda confusión! Lóbrega noche
De opacas sombras como el orco negras,
Cubre el cenit en la mitad del día.
La luna con la lumbre ensangrentada,
Como los ojos del Edipo griego,
Lenta camina por el cielo oscuro.
La tierra treme. Sus cimientos crujen.
Del sepulcro salir despavoridos
Vense los muertos que a la vida tornan.
Con aullidos de hidrófoba pantera
Braman los mares enarcando el lomo
Y espumas de furor lanzando hirvientes.
El fragor de tormenta horrisonante
Ensordece a Salém. Desbaratada
Parece que natura rueda al caos,
Y enmedio de tan grande cataclismo,
De escueto monte en la fragosa cumbre
Negra picota de baldón se yergue.

¡La cruz! La cruz, como la muerte, dura;
Como el dolor y el desamparo, amarga;
Cadalso infame de ludibrio y befa
Donde es ungido y consagrado rey,
De los dolores el Varón...
¡Miradlo!
Con bárbaras espinas por corona,
Púrpura ostenta de vertida sangre,
En cada mano un cetro, y de rubíes
Espléndido joyel en cada herida...

¡Loco, y Blasfemo, y Seductor de turbas!
¿Quién eres Tú, para que el mundo entero
Con tan tremenda convulsión se postre
De hinojos a tus pies, mientras medroso,
En tu coronación de Rey asiste?
¿Quién eres Tú, que ni el dolor abate
Tu augusta majestad? ¿Cuál es tu alcurnia,
Para ser adorable en la ignominia
Y en la tortura de la cruz hermoso,
Sobre todos los hijos de los hombres?

Loco y Blasfemo y Seductor proscrito:
Si has debido morir, si eres malvado,
¿Por qué no rabias, como rabia Gestas,
No le escupes al pueblo que te insulta,
No blasfemas del Dios que te abandona,
¡No mueres, dí, como el malvado muere!?
Mas, si en el hondo mar del desamparo
Y hundido en un infierno de dolores,
Tu infortunio toleras sin gemido,
Si a tus verdugos el perdón otorgas
Y a Dios bendices y lo llamas Padre,
No sé lo que serás: malvado, ¡nunca!

¿Malvado Tú, Cordero sin mancilla,
Ante el hosanna del aplauso, humilde;
Ante el sarcasmo y la calumnia, mudo;
Enmedio del dolor, infatigable,
Y en la agonía, resignado y fuerte?

¿Malvado Tú, cuando besaste a Judas?...
¡Llámense tus verdugos asesinos;
Que no de la justicia ejecutores!
¡No eres malvado!... Pero ¿a qué más prueba,
Que las palabras de tu juez? ¿No ha dicho
Ante toda Salém que es inocente
de la sangre del *Justo?* ¿¿Y te proscribe??...

. . . . . .

¿Qué es lo que acabas, insensato Poncio,
De hacer y de decir a un tiempo mismo?
Si malvado, ¿por qué lo llamas justo?
Y si justo, en verdad, ¿por qué lo matas?

Tu tierna esposa en la pasada noche,
Cual Porcia la de Bruto el regicida
En la noche fatal que precediera
De César a la muerte, ¿no ha saltado
Del blando lecho, descompuesto el rostro,
El cabello en desorden, temblorosa,
Color de cera el labio de claveles
Y en las pupilas el supremo espanto,
Para decir a la dormida esclava
Que surja, y corra, y vuele, y te prevenga
Que no pongas las manos en el Justo,
Porque es hijo de Dios? El pueblo mismo
De que eres vil juguete ¿con astucia
No calla el crimen, al pedir la pena,
Pues solamente grita—¡crucifícalo!—
Cuando por el pecado le preguntas?
¡Ah! Si debe morir, muera en buen hora;
Si no hace más que el bien, absuelto quede.....
Otra vez y otras ciento mi dilema:
Si malvado, ¿por qué le llamas justo?
Y si justo, en verdad, ¿por qué lo matas?

. . . . . .

¿Cuál tu crimen es, pues, Mártir supremo,
Que abres y extiendes los sangrientos brazos,
Cual si quisieras abrazar al hombre,

Más duro y más sin pecho que las rocas,
Pues mientras éstas de dolor se parten,
Juega a los dados y conversa y ríe?...
¡Tu crimen es... ser Dios! ¡No otro delito
Te hizo en casa de Anás de muerte reo!
Y, convicto y confeso de ese crimen,
Sobre el carro de triunfo de tus hombros
La cruz, tu pena, al Gólgota conduces,
Y entre sus brazos indomable expiras,
De tu divinidad haciendo alarde.

¿Quién, sino un Dios, por sus verdugos ora?
¿Quién, sino un Dios, a prometer se atreve
Trono seguro en el eterno Empíreo
Al ladrón enclavado a su derecha?
¿Quién, sino un Dios, recaba el vasallaje
De la tierra, y del mar, y de los astros
Y hace que la creación plañe en su muerte
Con desconsuelo tal, que por los siglos
Sus desgarrados ayes repercutan,
Como si no cupieran en un día
Y hubieran menester toda la historia?

¡En verdad eres Dios, Rey moribundo,
Y el gentil y el judío lo proclaman
Por las vertientes ásperas del monte,
Do tu realeza levantó su trono!
En verdad eres Dios.
¡Pleito homenaje
De toda tribu y lengua y pueblo y gente
Reciba ya tu cruz, y tu reinado
No tenga nunca fin!
El cielo es tuyo;
Tuya la tierra y hasta el flébil orco,
Que ante tí doblarán ambas rodillas,
Como en el leño de la cruz expires...

. . . . . .

Pues anda: muere ya: ¡no más dolores!
¡No más fatigas!... ¿La guadaña enhiesta

Y a los pies de tu cruz arrodillada,
Torva la faz, cual quien medita un crimen,
¿No estás viendo a la muerte aparejarse?
Llámala a Tí con el sonoro grito
Que en tu garganta moribunda bulle.....
No: no puede llegar, sin que Tú propio
La llames inclinando la cabeza.....
Anda, Rey del dolor, Loco sublime,
Blasfemo augusto, Seductor divino,
Llámala heroico, y a su golpe muere.....
¡Mañana el mundo cantará aleluya!

Laudetur Christus.